

BENNETT, TONY, *Formalism and Marxism*, Methuen & Co. Ltd., London, 1979

Escribir un libro como el presente, con un título que puede conducir fácilmente a la ambigüedad, cuando no al equívoco, es sin duda una labor que refleja al menos cierto espíritu temerario. La postura que adopta Bennett puede, pues, calificarse de argumento *a fortiori*, en cuanto que las diferencias entre los acercamientos formalista y marxista son tan obvias y grandes que el intento de salvarlas a través de un proyecto que acerque las dos corrientes es sumamente arriesgado.

El autor trata en las páginas del libro de las doctrinas de los formalistas rusos, señalando, junto a los conocidos aspectos de la atención al texto mismo, la búsqueda de la «literariedad», la adhesión a ciertos compromisos estructurales y otros rasgos quizá menos divulgados pero ciertamente genuinos. Cabe destacar, así, la cuestión de los conceptos de «familiarización» y «extrañamiento», capital en su concepción de la poética y que atañe básicamente a la función de los recursos literarios; y también el énfasis puesto por los rusos en el problema de la evolución literaria (relacionado íntimamente con el punto anterior).

Al resaltar las posturas de los formalistas en estas cuestiones, que subrayan la relatividad de los recursos literarios y relegan a la antigua retórica a un cuarto o quinto plano, Bennett se sitúa en la senda que le permite enlazar con los teóricos marxistas de la literatura. La base común que establece este estudioso es la oposición que ambas corrientes mantienen frente a la «metafísica del texto». Tanto para los formalistas como para los marxistas la obra literaria (y la obra de arte en general) debe examinarse y valorarse en cuanto miembro de un conjunto concreto de obras, no en abstracto; de ahí la importancia que este crítico concede a las funciones diversas de unos mismos recursos literarios, pues la época en que se crean y en que se juzgan marca el empleo y el efecto que esos recursos poseen, y que no es el mismo en otra época.

Sin embargo, como asimismo señala Bennett, este rechazo a la definición «eterna» de la obra, a su enjuiciamiento y valoración definitivas de acuerdo con un sistema crítico, no deja de ser una postura teórica defendida en abstracto por los formalistas pero no puesta en práctica, y en el caso de los marxistas un laudable *desiderátum* aún no realizado. Este crítico, al hablar del enfoque marxista de la literatura, no se refiere naturalmente a la doctrina del realismo socialista y otros engendros zhdanovistas, ni tan siquiera a la teoría del reflejo de Lu-

kács. Desde esta perspectiva tradicional y tópica, el diálogo entre marxistas y formalistas sería totalmente imposible. Por ello Bennett hace uso del llamado «estructuralismo marxista», primordialmente del pensamiento desarrollado a partir de la década de los sesenta por Althusser, y tratado en la crítica literaria por Eagleton y Macherey. Si bien el autor destaca ciertas incoherencias de principio en el pensamiento althusseriano, relativas sobre todo a la adhesión que sigue manteniendo el marxista francés a la estética burguesa, señala también que gracias a Macherey es posible la construcción de una estética marxista, de signo genuinamente materialista y dialéctico. Esta estética debería reunir, de acuerdo con Bennett, estos tres principios básicos: 1) la ruptura con la estética burguesa; 2) el cambio del concepto de *texto* por los de *funciones* y *efectos*, que son concretos, variables, históricamente específicos, que se suman al texto como resultado de las diversas aproximaciones de las que éste es objeto a lo largo de la historia; y 3) la asunción de que cualquier empresa crítica es una acción política.

Este último punto le lleva a negar las pretensiones científicas que tiene la crítica: «Criticism is not a 'science' which has in view, as its goal, a day when its knowledge of the pre-given universe of literary texts will be complete. It is an active and ongoing part of the political process, defined by a series of interventions within, and struggles for, the uses to which so-called literary texts are to be put within the real social process» (pág. 148).

La propuesta de Bennett, por lo que puede apreciarse, no escapa tampoco del reproche que él hace a los formalistas, es decir, de la abstracción, y de cierta dosis de idealismo. Esto es, sin embargo, perfectamente comprensible y razonable, y similares conclusiones podrían extraerse de otro ambicioso proyecto de unir estructuralismo y marxismo, no citado por Bennett en su libro, pero igualmente sugerente¹. Por todo ello este volumen nos parece de interés (tanto desde la perspectiva literaria como ideológica), pues ayuda a clarificar un poco el enrarecido ambiente dominante y consigue eludir la práctica de la palabrería huera, a la que tan acostumbrados nos tienen ciertos oscuros «intelectuales» del marxismo y del formalismo.

J.F. Galván Reula

¹ Mark Zimmerman, «Marxism, Structuralism and Literature: Orientations and Schemata», *Ideologies & Literature*, II, 6, March-April 1978, págs. 27-53.